

Ensayos

semióticos II

Semiótica e integración conceptual

Douglas Niño
editor académico



UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO
COLECCIÓN HUMANIDADES - SEMIÓTICA

3

Signo peirceano e integración conceptual: una propuesta de síntesis

Douglas Niño*

El presente texto intenta hacer una reconceptualización del signo peirceano apelando a hallazgos recientes de la semántica y la gramática cognitiva, en particular, apelando a la propuesta conocida como integración conceptual. El resultado esperado será el de alimentar al modelo de signo peirceano con un enfoque cognitivo, y al mismo tiempo, fortalecer enfoques cognitivos sobre la significación con nociones peirceanas claves, aunque dejadas de lado, o no suficientemente glosadas, como la de propósito y fundamentación.

* * *

Aunque aparentemente durante las últimas dos décadas ha habido un renacer del enfoque peirceano en los estudios semióticos, también lo es que, por una parte, sigue habiendo controversia con respecto a cómo ha de entenderse el signo en Peirce; y por otra, en varias ocasiones sus comentaristas y seguidores no van ‘más allá’ de las aplicaciones de las categorías básicas propuestas por el norteamericano. El propósito del presente texto consiste en hacer una reconceptualización del signo peirceano a luz de algunos hallazgos realizados por la propuesta conocida en

* Profesor Titular, Maestría en Semiótica, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá. Contacto: ediuni01@utadeo.edu.co

semántica cognitiva como *integración conceptual* (Fauconnier & Turner, 2002), la noción de *frame* de la semántica de casos (Fillmore, 1982) y algunas nociones de la gramática cognitiva de origen langackeriano (Langacker, 1987, 1991, 2008). En este sentido se espera que dicha reconceptualización permita ir ‘más allá’ de las propuestas originales de Peirce, explicando, por ejemplo, de un modo más directo algunos fenómenos de significación como la metáfora; y por otra parte, permear a las propuestas cognitivas de algunas nociones claves de la semeiótica peirceanas, tal como la de *propósito* y *fundamentación*.

El orden de presentación es el siguiente. En la primera sección se hace una presentación de la que en nuestra opinión es la más sopesada y comprensiva interpretación del modelo de signo peirceano, esto es, la de Thomas Short, mostrando además, algunos vacíos que deja la teoría de Peirce. En la segunda sección se presenta la teoría de espacios mentales e integración conceptual tal como fue concebida por Gilles Fauconnier y Mark Turner y se mencionan algunas de sus limitaciones. En la tercera sección, se realiza una propuesta de reconceptualización del modelo de signo en Peirce, apelando a y adaptando las nociones de *base*, *perfil* y *zona activa* de la gramática cognitiva de Langacker, al igual que la noción de *frame* de Charles Fillmore, e introduciendo las nociones de *escena de base* y *escena semiótica*. Por último, se hace un esbozo de un modelo general que dé en cuenta de las insuficiencias que presentan los modelos por separado.

1. El signo peirceano: estructura básica¹

La estructura del signo en Peirce se ha presentado en muchas ocasiones y por muchos comentaristas (Randsell, 1976; Savan, 1988, Liszka, 1996, etc.). Sin embargo, hasta donde nos es posible determinarlo, de todos los comentaristas solamente Thomas Short (2004, 2007) ha tenido en cuenta las múltiples diferencias —e incluso, inconsistencias— que hay en el desarrollo de la noción de signo en Peirce. En esta presentación seguiremos, entonces, su versión. La propuesta de Short articula la noción de *signo* a la de *interpretar* y a la de *significancia*. Según Short *interpretar* se definiría de la siguiente manera:

1 En esta primera sección presentamos una versión sucinta del balance crítico de la propuesta de Short que hacemos en Niño (2010).

R interpreta a x como un signo de o si y sólo si (a) R es, o es una característica de, una respuesta a x para un propósito, p; (b) R está basado en una relación actual, pasada, aparente o supuesta, de x con respecto a o, o de las cosas del tipo x con respecto de cosas del tipo o; y (c) la obtención de o tiene algún alcance positivo sobre la adecuación de R con respecto a p (2007: 158).

Es importante darse cuenta de que en la condición (a) la respuesta R (el interpretante) en la medida en que es una *respuesta* para un *propósito* puede someterse a evaluación, porque de las respuestas podemos decir que son adecuadas o no, relevantes o no, etc. con respecto a dicho propósito. Y esto es así porque, donde quiera que haya un propósito surgen alternativas aplicables como éxito/fracaso, mejor/peor, adecuado/inadecuado, etc. (Short, 2007: 154). Y por supuesto, si no hay condición (a) no se pueden dar las condiciones (b) y (c). Ahora, la condición (b) implica que la relación entre x/o es la que sirve como base o apoyo (es el *fundamento* o *Ground*) para que la respuesta R tenga la cualidad que tiene. Y si nos preguntásemos porqué x es un signo de o, es la relación x/o (de similaridad, acción/reacción o hábito) la que justifica la relación de representación de x para con o, pero además, es la que *autoriza* a pensar que la respuesta R es una respuesta adecuada para el propósito p. La condición (c) establece que si se cumple el propósito p con la respuesta R, entonces este cumplimiento tiene un alcance en la obtención de o.

En lo anterior hay que distinguir cuatro elementos, independientemente de las relaciones que haya entre ellos: (1) el objeto representado o, (2) el x que representa al objeto, (3) la respuesta R ante la presencia de x y (4) el objetivo al que se apunta con la respuesta R. Veamos esto con más cuidado. En primer lugar, el x tiene una doble función: por una parte *representar* al objeto o. Por otra *permitir la remisión* a la respuesta R. Esto tiene como consecuencia que la emergencia de la respuesta R permite la *interpretabilidad* de x, lo cual significa que de x *se puede* (en el doble sentido modal y deóntico) extraer cierta información. Lo anterior sirve como criterio de corrección para la evaluabilidad de la respuesta R con respecto al propósito p. Pero esto significa que la *interpretabilidad* de x consiste en información que estaría dando cumplimiento a un propósito.

Ahora bien, Short define signo de la siguiente manera:

x es un signo, s, de o, si y sólo si x tiene una relación tal con o, o las cosas del tipo x tienen una relación tal con las cosas del tipo o, que para un posible pro-

pósito *p*, *x* podría ser justificablemente interpretado sobre esa base como siendo un signo de *o* (2007: 160).

Esta definición está muy relacionada con la anterior. Quisiera llamar la atención sobre el hecho de que allí *x* no es sinónimo de *s*. *x* es un signo, *s*, de *o*, si se dan ciertas condiciones. Eso significa que si *x* cumple esas condiciones *n* número de veces, se puede legítimamente considerar *n* signos *s* (y en la medida en que esas condiciones son dinámicas, no parece ser el caso que un ítem *x* pueda considerarse *a priori* como un número determinado de signos). Esto implica que un mismo ítem *x* (o un tipo de dicho ítem) puede ser muchos signos diferentes.

En segundo lugar, y aun más importante, es constitutivo de que algo se pueda considerar como un signo *s* que sea, primero, *interpretable*; y segundo, esa interpretabilidad ha de ser *justificada*. Esto implica que si la justificación para su interpretabilidad no es determinable, el ítem *x* no se puede considerar un signo, al igual que si no es determinable el propósito *p* o en qué consista la mencionada interpretabilidad. En cuanto a la interpretabilidad, ésta no debe confundirse con la interpretación efectiva (pues esto lleva a problemas insolubles, cf. Short, 2004, 2007: cap. 2; Niño, 2008), sino que debe poderse determinar independientemente de la interpretación efectiva. Por ejemplo, una huella dejada por un animal es interpretable como la presencia pasada de un animal, independientemente de que alguien interprete efectivamente de ese modo a esa huella. Pero si alguien interpreta efectivamente la huella, la interpretabilidad de ésta servirá como criterio de corrección independiente contra el cual contrastar si la interpretación efectiva actualiza o no dicha interpretabilidad. La interpretabilidad de la que se ha hablado es lo que Peirce llamaba el *interpretante inmediato*:

Mi Interpretante Inmediato es implicado en el hecho de que cada signo debe tener su peculiar Interpretabilidad antes de que sea obtenido por cualquier Intérprete (SW: 414, 1909).

Y en este sentido se opone al *interpretante dinámico*. De acuerdo con Peirce el Interpretante Dinámico consiste en el efecto que el signo presenta (CP 4.536, 1905; CP 8.315, EP2: 499, 1909):

Mi Interpretante Dinámico consiste en el efecto directo realmente producido por un Signo sobre un Intérprete de éste (SW: 413, 1909).

Pero ambos —el interpretante inmediato y el dinámico— se pueden diferenciar del *Ideal* (también llamado “final”) que consiste en la mejor respuesta que podría desarrollarse para el signo en cuestión (SW: 413-414, 1909; CP 8.315, EP2: 499-500, 1909). El *interpretante ideal* es:

[...] el efecto que el Signo *produciría* sobre cualquier mente bajo circunstancias que deberían permitirle calcular y esclarecer por completo su efecto (SW: 413, 1909).

Ahora, se podría decir que en la medida en que puede haber varias maneras de obtener diferentes modos adecuados de desarrollar una respuesta con respecto a un propósito, dicho interpretante ideal, en sentido estricto, podría ser múltiple.

Pero aun así puede preguntarse, ¿qué clase de respuesta es esa respuesta R? ¿En qué consiste? Short (1996: 493-501) ha propuesto que Peirce establece dos tricotomías de los interpretantes, una *modal*, desarrollada particularmente en 1909, que contiene al interpretante inmediato, dinámico e ideal (que acabamos de mencionar) y otra *faneroscópica*, desarrollada entre 1904 y 1907, que consiste en sensaciones, hechos y hábitos (CP 5.475-476, 1907). En este sentido un Interpretante es una ‘respuesta’ a un signo, consistente en sensaciones/emociones (*interpretante emocional*), esfuerzos-acciones, ya sea de orden muscular o mental (*interpretante energético*) o hábitos (*interpretante lógico*) de dicha ‘respuesta’ (cf. Short, 2007: 157).

Ahora, la *justificación* de la interpretabilidad se refiere al hecho de que si algo se considera un signo S, entonces es posible preguntarse ¿por qué este signo S representa a ese ítem O y no a otra cosa? ¿Y por qué se esta manera y no de otra? Es decir, ¿qué es lo que *justifica* la relación de representación en la que se ve involucrado el signo S? (es importante notar que la pregunta introduce en el signo una noción *normativa*, en la medida en que la noción de *justificación* también lo es). La respuesta a esto —como puede fácilmente preverse— se relaciona con la noción de *fundamento*. Ahora bien, el *fundamento* es importante porque la interpretabilidad de algo puede estar justificada, pero también puede no estarlo. Esto quiere decir, en términos de la discusión de Short, que si el ítem O no se obtiene, la respuesta R es errada. Y esto puede darse de dos formas (Short, 2007: 159-160). Primero, porque el fundamento en el que se basa la respuesta R es real, pero es falible. Segundo, porque el fundamento sobre el que se basa la respuesta R puede no ser real. Así, lo que hace el fundamento es respaldar la interpretabilidad, es decir, la vuelve —en diferentes grados— *fiable*. Recordemos en este momento que el fundamento

se establece en la relación x/o y que en esta relación se puede establecer una cierta similitud, o acción/reacción o hábito. Ahora, esas diferentes relaciones darán lugar a diferentes clases de respaldo, apoyo o *fundamento* al signo. Y en efecto, el fundamento de similitud (perceptiva, relacional, en el procesamiento cognitivo, etc.) dará lugar a los signos icónicos. Por su parte, el fundamento de acción/reacción (bien sea de causa/efecto, contigüidad, meronimia, etc.) dará lugar a los signos indexicales. Finalmente, el fundamento de habitualidad (especialmente el establecido por convención) dará lugar a los signos simbólicos.

La conjunción de los dos puntos anteriores, esto es, la *interpretabilidad fundamentada* (que es como Short define *significancia*, 2007: 162) querrá decir que de un signo *s* se *puede* extraer una cierta información. Pero el “puede” tiene un doble sentido, derivado de la interpretabilidad y de la justificación. De la interpretabilidad, el “puede” adquiere un sentido modal en tanto que *posibilidad*, que lo diferencia de lo actual contingente, o de lo ideal. De la justificación (que no es una mera posibilidad sino una actualidad, esto es, una posibilidad actualizada), el “puede” adquiere un sentido deóntico (normativo) en tanto que *permitido* o *legítimo*, como distinto de lo prohibido o lo prescrito. Por último, teniendo en cuenta las definiciones de *interpretar* y de *signo* podemos mostrar la estructura básica del signo peirceano como: O - S - R - P, donde “O” es el objeto representado, “S” es el (aspecto, cualidad, parte del) ítem x que funciona como signo, “R” es la interpretabilidad o interpretante inmediato y “P” el propósito al que supuestamente da cumplimiento la interpretabilidad.

Ahora bien, una de las características de la semeiótica peirceana es que sus respuestas a los problemas en torno a la significación son sobre todo de orden procesual. Y aunque Peirce hizo múltiples esfuerzos de clasificación de los signos teniendo en cuenta diferentes tricotomías, que dieron lugar a las clasificaciones de 10, 28 o 66 clases de signos, sus soluciones fueron apenas provisionales y tentativas. Pero por más promisorias (o no) que fuesen esas clasificaciones de los signos, un asunto que es muy importante resaltar es que en los escritos de Peirce o en sus comentaristas no parece haber una vía clara que aborde el problema de la articulación e integración de varios signos (no para su análisis, que es un problema diferente). Es decir, si usáramos las categorías de análisis de la semiótica europea, no es muy claro cómo en el marco del peirceanismo se puede explicar el paso de los signos a los *sintagmas*. Una de las propuestas de este artículo es precisamente que una salida a este problema se puede generar si a la aproximación peirceana se

la complementa con una aproximación cognitiva, en especial, con la teoría de los espacios mentales y la integración conceptual (TEM/TIC).

2. La teoría de espacios mentales y la integración conceptual

2.1. Orígenes, enfoque y alcance

La *teoría de los espacios mentales* (TEM) fue propuesta primeramente por Gilles Fauconnier (1985) como una forma de responder a problemas tradicionales en torno a la referencia, particularmente problemas como la opacidad referencial. Posteriormente la teoría fue ampliada por el mismo Gilles Fauconnier, pero esta vez en compañía de Mark Turner, y llegó a ser conocida como la *teoría de la integración conceptual* (TIC), o también teoría de la mezcla o amalgama (en inglés '*blending theory*'). Si la TIC se puede considerar una ampliación de la TEM, entonces explica no solamente los problemas mencionados en torno a la referencia. Y en efecto, la TIC fue originariamente desarrollada para explicar la estructura lingüística y su rol en la construcción de significado, en particular, aspectos 'creativos' de dicha construcción como las metáforas novedosas, los contrafácticos, etc. (Evans & Green, 2006: 401):

Sin embargo, investigaciones recientes llevadas a cabo por una amplia comunidad de investigadores con un interés [en la TIC] ha dado pie para pensar que la integración conceptual es central para el pensamiento y la imaginación humanos, y que la evidencia para esto se puede encontrar no solamente en el lenguaje humano, sino también en otro amplio rango de actividades humanas, tales como el arte, el pensamiento y la práctica religiosas, y el esfuerzo científico, para nombrar unos pocos. [La TIC] ha sido aplicada por investigadores a fenómenos de disciplinas tan diversas como estudios literarios, matemáticas, teoría musical, estudios religiosos, el estudio de lo oculto, lingüística, psicología cognitiva, antropología, ciencia computacional y genética (Evans & Green, 2006: 401).²

La TEM/TIC se ha desarrollado como parte del enfoque de la lingüística cognitiva que entiende al lenguaje como integrado al resto de la cognición, no como un módulo encapsulado al estilo de Chomsky, Fodor y los teóricos que adoptan una teoría computacional de la mente (cf. Fodor, 1987). En este enfoque, por una parte, la cognición se ve como *encarnada* (Gibbs, 2006), y de este modo, la

2 Agregaremos, sin embargo, que siete de los ocho artículos de este volumen son –hasta donde podemos determinarlo– las primeras discusiones (y aplicaciones) en español del alcance de la TIC en la semiótica.

generación de sentido dependerá de las condiciones impuestas por ese encarnamiento, asunto que tiene un alcance directo en la estructura conceptual (Barsalou, 1999, 2008) y la estructura metafórica de la misma (Lakoff & Johnson, 1980, 1999), la categorización (Lakoff, 1987), y la conceptualización en línea (Langacker, 2008), conocida como *construal*, y que tiene como efecto la perspectivización en la construcción del significado.

Pero si esto fuese así, entonces la estructura conceptual sería primaria y la expresión lingüística secundaria, en relación a la generación de sentido. Es decir, lo que tendríamos es que esas características de la estructura conceptual (encarnamiento, metaforización, etc.) también se podrían poner en evidencia mediante el uso de recursos no necesariamente lingüísticos, como imágenes, gestos, etc. Y eso es precisamente lo que se reporta en hallazgos empíricos (Lakoff, 1993; Gibbs, 2006, Gibbs, 2008). Y de aquí proviene su relevancia para la discusión semiótica, porque si la dación de sentido se entiende primariamente como un asunto cognitivo, y no como un asunto de la organización de sistemas de signos (como en el enfoque estructuralista), entonces los problemas relativos a la *significación*—que son el corazón de cualquier enfoque semiótico— se tornan problemas en torno a la actividad de significar y no problemas en torno a la “manifestación” a partir de “estructuras inmanentes”. Y a propósito de este punto particular se puede decir que la TEM/TIC es una teoría sobre la significación en línea que llevan a cabo los diferentes agentes.

2.2. La propuesta de la TEM/TIC

Según Fauconnier (2007: 351) los *espacios mentales* se construyen mientras pensamos y hablamos con propósitos de entendimiento y acción local. Se construyen y modifican en la medida en que se desarrollan el pensamiento y el discurso y se conectan los unos con los otros por varias clases de *mapeos*, es decir, proyecciones entre los elementos y relaciones de un espacio a otro, que incluyen identidad y analogía. En un *espacio mental* se reclutan de forma temporal diferentes clases de información que provienen, por ejemplo, de lo que acabamos de decir o percibir, del medio ambiente, o de la memoria a largo plazo. En la medida en que la comunicación y el pensamiento se desarrollan, se establecen nuevos espacios mentales, lo que da lugar a lo que se conoce como un *entramado de espacios mentales*.

Por su parte, la idea central de la TIC es que la construcción de significado involucra típicamente la integración de estructuras que son más que la suma de sus partes (Evans & Green, 2006: 400). El modelo de cuatro espacios mentales³ es considerado el modelo ‘canónico’ de la TIC y está compuesto de la siguiente manera (cf. Fauconnier & Turner, 2002: 39-50):

1. Dos espacios de entrada o *inputs* I_1 e I_2 ; cada *input* se puede considerar como un espacio mental, y como tal, conteniendo información parcial, construida en línea, es decir, en la medida en que pensamos.⁴
2. Al menos un espacio genérico, G , que captura información esquemática común a los dos espacios de entrada. El establecimiento de las contrapartidas de los *inputs* I_1 e I_2 se denomina emparejamiento.
3. Un espacio integrado, B (el *blend*), que incorpora elementos que se han proyectado selectivamente desde los espacios de entrada.

Un ejemplo para explicar la TIC es el siguiente: “En Francia Bill Clinton no habría salido lesionado de su relación con Mónica Lewinsky” (Evans & Green, 2006: 407. El ejemplo fue antes analizado en Fauconnier & Turner, 2002: 221-222).

Aquí la estructura de la IC se puede ilustrar de la siguiente manera:

- I_1 : Elementos: ‘Clinton’, ‘Lewinsky’. Relación: ‘relación entre’. Esta información se recluta mediante el *frame*:⁵ ‘POLÍTICA ESTADOUNIDENSE’, que incluye roles como ‘presidente estadounidense’ que a su vez tendrá atributos como ‘virtud moral’.

3 Hay un modelo alternativo de seis espacios, conocido como el modelo de Aarhus, presentado y desarrollado principalmente por Per Aage Brandt (Brandt, 2004, 2005) y Line Brandt (Brandt & Brandt, 2005). En este volumen dicho modelo es presentado en el artículo de Per Aage Brandt y es aplicado en los artículos de Juan Alberto Conde y Felipe Beltrán.

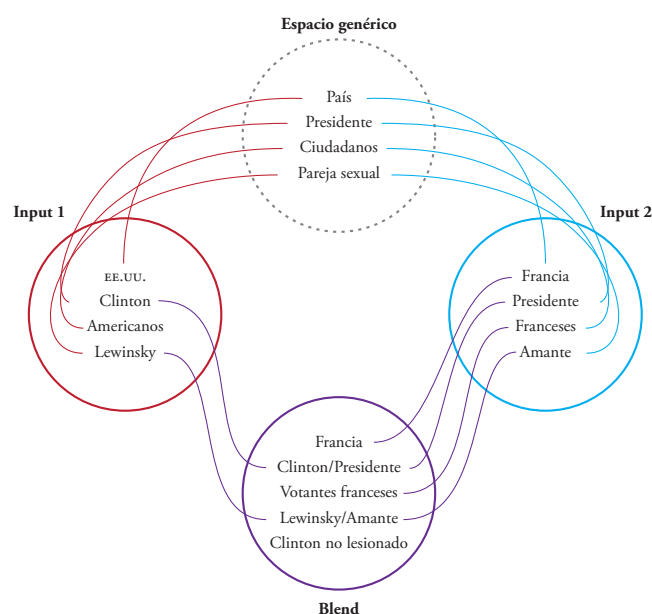
4 En todo caso, “los espacios mentales se construyen en la memoria de trabajo, pero se pueden atrincherar en la memoria a largo plazo. Por ejemplo, los *frames* son espacios mentales atrincherados que activamos todos al tiempo” (Fauconnier, 2007: 352).

5 La noción de *frame* será explicada en la sección 5. Por lo pronto digamos que un *frame* es una estructura de información que representa una situación estereotipada o típica.

- I₂: Se recluta⁶ mediante el *frame* ‘POLÍTICA FRANCESA’, que incluye un rol como ‘presidente francés’. Según este *frame* se supone que es una parte de la vida pública francesa que el presidente tenga algunas veces una ‘amante’.
- G: ‘País’, ‘cabeza de Estado’, ‘ciudadanos’, ‘pareja sexual’. En el espacio genérico se establecen las contrapartidas entre los *inputs* I₁ e I₂.
- B: ‘Clinton’ ≈ ‘presidente francés’; ‘Lewinsky’ ≈ ‘amante’. El *frame* que estructura el *blend* es el de ‘POLÍTICA FRANCESA’ y no el de ‘POLÍTICA ESTADOUNIDENSE’. Es una consecuencia del *blend* que Clinton no resulta políticamente lesionado por su infidelidad.

En forma diagramática esto se puede (y se suele) ilustrar de la siguiente manera:

Figura 1. ‘Clinton como presidente de Francia’, adaptado de Evans & Green (2006: 408)*



* Elaborado por María Beatriz Vivas.

6 Usamos “reclutar” como traducción de la palabra inglesa “recruit” y le damos el sentido técnico que tiene en ciencia cognitiva y no el sentido militar usual que tiene en español. Ahora, en la medida en que “reclutar” se usa en este sentido técnico, apelar a otra expresión no técnica en español puede crear ambigüedades innecesarias.

Ahora bien, según Fauconnier & Turner (2002) hay tres procesos básicos en el proceso de integración: composición, compleción y elaboración. La *composición* consiste en la proyección desde los *inputs* hasta el *blend*. El efecto de esto es que aparecen relaciones que no existen en los *inputs* por separado. Es importante darse cuenta que en la construcción del *blend* hay una *proyección selectiva* de los elementos y relaciones presentes en los *inputs* I_1 e I_2 . En efecto, hay cosas en los marcos conceptuales que usamos para dar cuenta del mundo que no proyectamos, como que el presidente francés sea otra persona, o que Clinton no sea elegible siquiera como candidato. Pero puede haber casos –y de hecho los hay muy frecuentemente– en los que frente a dos *inputs* I_1 e I_2 dos personas decidan proyectar cosas diferentes dando lugar a dos *blends* diferentes.

La *compleción* consiste en una ‘re-acomodación’ o ajuste del *frame* reclutado en la composición (en el ejemplo, esto incluye elementos como el ajuste entre ‘POLÍTICA FRANCESA’, ‘Clinton’ y ‘Presidente Francés’), lo cual puede involucrar el traer a colación información adicional del *frame* o los *frames* en cuestión que ‘completan’ el ajuste requerido. Hay que agregar que estos dos procesos (composición y compleción) normalmente se realizan de modo inconsciente, o al menos no bajo el auto-control que caracteriza la producción y seguimiento crítico de las inferencias.

Finalmente, la *elaboración* que consiste en la simulación mental o física de la ejecución del *blend*, y de este modo, “ponerlo a andar”, extraer consecuencias, etc., como en el ejemplo, la idea de que Clinton no ha sido lesionado en un sentido político. Es en este punto donde se termina la construcción del significado del *blend*, y así, donde entendemos lo que significa aquello que ha dado pie a la construcción de los *inputs* de entrada. Es también aquí en donde se puede reconocer el sentido del *blend* como una metáfora, un contrafáctico, una explicación, un chiste, una ilusión óptica, etc.

Sin embargo, la TEM/TIC no se agota en la descripción de la *elaboración* de *blends*. Uno de los intereses de la TEM/TIC es mostrar cuál es el objeto de hacer integraciones conceptuales. Su propuesta es que el objetivo más general u omniabarcante (“*overarching*”) de realizar *blends* es alcanzar *escala humana*, lo cual significa reducir la complejidad de las ideas presentes en los *inputs*, hasta el nivel en que se vuelvan disponibles para la comprensión en la experiencia humana cotidiana. Los objetivos generales que facilitan la obtención del objetivo omniabarcante, incluyen la *compresión* de lo que es difuso; obtención de *insight global*; fortalecimiento

de las *relaciones vitales*⁷ *al interior del blend*; obtener una *historia*, en el sentido de comprender mediante una narrativa; y finalmente, ir de lo *múltiple* a lo *uno*. En el esclarecimiento de los mecanismos que permiten y facilitan la reducción a escala humana, los autores se esfuerzan por encontrar los principios que constriñen la *selección proyectiva*, y a partir de allí, la información que hace posible la *compleción* y la *elaboración*, y encuentran que la proyección está sujeta a los constreñimientos de lo que se conoce como *principios rectores*. Estos principios operan de tal modo que facilitan la obtención de los objetivos de la integración conceptual, por lo cual también se les conoce como *principios de optimalidad* (Fauconnier & Turner, 2002: cap. 16; cf. la discusión sobre este punto en Pérez, este volumen).

Ahora bien, tomando una cierta distancia con respecto a las evidentes bondades de la TEM/TIC, desde nuestro punto de vista, la propuesta de la TEM/TIC deja abierto un problema que puede abordarse con el modelo peirceano: en la TEM/TIC no es suficientemente clara la relación entre el *blend* (y la red de la que hace parte) y sus fundamentos. Por ejemplo, a lo largo de su exposición, si bien Fauconnier & Turner (2002) comprenden la relación de *representación* como una relación vital (y por tanto entre espacios mentales) que permite la *reducción a escala humana*, y no parecen preocuparse por si hay diferentes clases de representación, cuál es su impacto en, por ejemplo, el *insight global* o en la comprensión y si tienen alguna conexión con la ‘representación’ entendida como la relación entre los signos y sus objetos (esto es, representaciones icónicas, indexicales o simbólicas). Este es un asunto que también tiene un cierto alcance en el modo en el que está respaldada la fundamentación, pues no será lo mismo para la comprensión –y por tanto, para la comprensión– si lo que respalda o *fundamenta* una representación es una similaridad objetiva o una convención. Este es un asunto tan importante que hay algunos investigadores cognitivos (*e.g.* Taylor, 2002) que, siguiendo una herencia saussureana, se inclinan por pensar que no hay relaciones de fundamentación objetiva en el uso de signos, y que cuando un agente usa expresiones lingüísticas no se refiere al

7 En el sentido de ser relaciones básicas o elementales, a las cuales se recurre permanentemente en la comprensión y uso de lo que nos rodea. Un listado incluiría: cambio, identidad, tiempo, espacio, causa-efecto, parte-todo, representación, rol/valor, analogía, disanalogía, propiedad, similaridad, categoría, intencionalidad, unicidad (Fauconnier & Turner, 2002: 89-111). En el ejemplo de Clinton, EE.UU. y Francia son *análogos*, Clinton es el *valor* del *rol* presidente, etc. Por supuesto, no todas las relaciones vitales están presentes en todas las redes de integración conceptual.

mundo empírico sino a modelos mentales, porque solamente tiene acceso a ellos. El problema de esta perspectiva es que, de ser cierta, una conversación jamás se haría entre dos personas, sino que cada una conversaría consigo misma, porque sólo tendría acceso a su propia mente (cf. Sinha, 1999: 232). Intentaremos mostrar que tanto para lo primero como para lo segundo, es decir, las clases de representación y sus fundamentos— las propuestas originarias de Peirce —y reinterpretadas por Short— pueden fortalecer la propuesta del enfoque cognitivo. Pero para esto, hay que hacer unas modificaciones a la propuesta peirceana.

3. La significancia revisitada

En el enfoque peirceano siempre se supone que por medio de signos podemos obtener información sobre los objetos (en el sentido más amplio posible de ‘objetos’) representados por los signos. La primera pregunta que surge es si es posible pensar en obtener información sobre esos objetos sin la mediación de una representación *externa*. Y hay que agregar “externa” porque para Peirce el pensamiento siempre se da en signos (ver, por ejemplo, *EP1: Some Consequences of Four Incapacities*, 1868; *EP2: Issues of Pragmaticism*, 1905; y específicamente *CP* 5.250-253, 1868), y en ese sentido siempre que se obtenga (procese, modifique, transforme, etc.) información va a haber alguna clase de representación *interna*.

Pero volviendo a la pregunta por la obtención de información, quisiéramos proponer lo siguiente: en primer lugar, si la *significancia* descubierta por Thomas Short para la semeiótica peirceana se definía como *interpretabilidad fundamentada*, ahora la entenderemos como *responsividad fundamentada*. La idea es que entendamos, por una parte, *responsividad* como una respuesta (o un conjunto de respuestas o una característica de una respuesta) posible ante la presencia de un cierto *ítem semiótico*, y —éste es el punto crucial— *esté o no dicho ítem semiótico en función de representación*, y cuyo carácter ontológico puede ir desde una cualidad, como el carácter rojo de una superficie, hasta tipos de eventos, como elecciones presidenciales o tornados, pasando por objetos (empíricos, de ficción, abstractos), estados de cosas, procesos, etc. Y por otra, que entendamos que dicha responsividad ha de estar *fundamentada*, es decir, como teniendo un cierto tipo de respaldo o justificación que hace de dicha responsividad una responsividad adecuada. En ese sentido, habrá diferentes clases de fundamentación, en relación con diferentes clases de responsividad y de las características del ítem semiótico en cuestión. Por ejemplo, si una respuesta frente a la presencia de un vaso de cristal es asirlo con

nuestras manos (y no con nuestros dientes o con nuestros pies), haciendo presión con los dedos sobre la superficie externa del vaso (y no desde su interior), esto puede deberse, entre otras cosas, a que así lo hemos aprendido a hacer desde chicos (fundamentación por hábito), a que el esfuerzo fisiológico es menor (fundamentación por economía práxica), etc. Llamaremos a la fundamentación de las posibles respuestas ante la presencia de un ítem semiótico *fundamentación ontológica*, porque se trata de la fundamentación relativa a las respuestas ante diferentes clases de cualidades, entidades, eventos, etc.

En este sentido, podemos encontrar una primera clase de significancia, que llamaremos *significancia ontológica*, relativa a nuestras posibles respuestas ante la presencia de ítems semióticos que podríamos hallar en nuestra experiencia, *que no están en función de representación*; y mediante esas respuestas (kinéticas, interpretativas), daríamos cumplimiento a un objetivo que llamaremos *función*, esto es, el propósito u objetivo del ítem semiótico en cuestión, cuyo cumplimiento (o ausencia de éste) nos permitiría evaluar si estas respuestas eran adecuadas o no. La estructura de dicha *significancia ontológica* sería como sigue:

$$O_i \blacktriangleleft [\{R_{iA}(F_i)\}]_{fi}$$

Por supuesto, esto requiere de varias aclaraciones. En primer lugar, con “ O_i ” se expresa el ítem ante cuya presencia se podría responder; con “ $\blacktriangleleft$ ” se da la idea de que la responsividad R , por una parte, se da con respecto a la función F (o *responsividad funcional*) del ítem O , y por otra, dependerá de ciertas condiciones que permitan que se pueda actualizar dicha responsividad y que en la estructura se establecen mediante el subíndice “ fi ”. El subíndice “ A ” indica que, en la medida en que nuestra experiencia nos da los objetos no en su totalidad, sino en aspectos o “escorzos”, como dicen los fenomenólogos, el uso de un objeto tenderá a atrincherar más algunos de sus aspectos que otros, es decir, será *aspectualizada*; y esta aspectualización atrincherada tendrá impacto en la respuesta frente a él. Por ejemplo, cuando vamos a interactuar con un vaso, vemos a dicho vaso desde una cierta perspectiva (por arriba, de lado, etc.), y al momento de agarrarlo, lo podemos hacer con dos dedos (índice y pulgar), con los dedos de toda la mano, con las dos manos, etc., dependiendo de lo que vayamos a hacer con él, de su tamaño, y así sucesivamente. Y en este caso es el *cuerpo propio* —como también dicen los fenomenólogos y los nuevos defensores de la ciencia cognitiva encarnada (Varela, Thompson & Rosch,

1991)–, es decir, el cuerpo de un agente vivo, el que entra en contacto con los objetos y con el cual se atribuye sentido. Y por último, con la flecha punteada que va de la respuesta R al ítem O se expresa que la actualización de dicha respuesta R ha de tener un cierto alcance sobre la obtención de O; es decir, si un agente realiza R sobre O con la intención de cumplir F y no lo logra, entonces tendrá razones para modificar R (desde una pequeña modificación hasta dejarla de lado).

Pero también podemos encontrar una segunda clase de significancia, que llamaremos *significancia sýnica*, relativa a nuestras posibles respuestas (kinéticas, interpretativas, comunicativas) a ítems semióticos que podemos hallar en nuestra experiencia, y mediante las cuales podemos obtener información acerca de otros ítems semióticos, *por lo que los primeros están en función de representación con respecto a los segundos*, y así, podamos responder ante ellos (los primeros y los segundos). Es decir, la significancia sýnica será análoga a la que encontramos en Peirce-Short. La estructura de la *significancia sýnica* –que vendría a ser el equivalente en nuestra propuesta de la tradicional noción de signo o representación externa– sería como sigue:

$$\begin{array}{c} \leftarrow \dots \dots \dots \leftarrow \\ O_i \leftrightarrow_{fi} [S_{1/iA}] \blacktriangleleft [\{R_1(P_1)\} \Vdash \{R_{iA}(F_i)\}_{E}]_{fi} \\ \leftarrow \dots \dots \dots \leftarrow \end{array}$$

Donde “O” es el ítem semiótico representado, “S” es el ítem semiótico que está haciendo las veces de signo o conjunto de signos, “R” es la responsividad, “P” es propósito, “F” es función, el subíndice “_f” la fundamentación, tanto la de representación “ $\leftrightarrow$ ” (que es de suyo aspectualizada, “_A”), como la ontológica, expresada con “_{fi}”. Además, con el subíndice “₁” se indica la significancia que da lugar a la responsividad representacional, mientras que con el subíndice “_i” se indica la significancia que da lugar a la responsividad ontológica (de lo anterior se sigue que la significancia sýnica articula una doble significancia ontológica). Ahora bien, mientras que con “ $\blacktriangleleft$ ” se expresa la responsividad R con respecto a al ítem S₁, con la barra de acceso, “ $\Vdash$ ”, presente en medio de los corchetes se expresa la idea de que por medio de la responsividad ontológica se tiene acceso a la representacional, y además, con los corchetes y su subíndice “_E” que las responsividades están ensambladas. Y finalmente, con la flecha inferior que va de derecha a izquierda se muestra que la responsividad representacional, “R_i”, en relación con la función “F_i” del ítem representado O_i, ha de tener algún alcance en la obtención de dicho ítem. La flecha superior indica lo mismo en relación al alcance de la responsividad ontológica “R₁” con respecto a “S_{1/iA}” frente al propósito “P₁”.

Ilustremos esta estructura mediante un ejemplo. Pensemos en la palabra “perro”, en nuestro esquema, “ $S_{1/iA}$ ”. El uso de esta palabra depende de que la responsividad R_1 sea una respuesta posible (o un conjunto de respuestas) consistente en el reconocimiento de esta palabra como perteneciente al español, de dos sílabas y de acento grave, y este reconocimiento hace parte de una función F_1 , cuyo objetivo general es *dar acceso* (“ $\mathbb{F}$ ”) a toda suerte de respuestas posibles R_i que tengamos sobre la clase ‘perro’, incluyendo conductas para el reconocimiento, llamado, simulación, etc. (F_i); respuestas que de actualizarse, tendrían algún alcance sobre la obtención de ‘perro’. Es en este sentido que la responsividad R_1 que permite el reconocimiento de la palabra “perro” y aquella que se tendría ante la presencia de perros (“ R_i ”), se encuentran ensambladas (“ $\{\}_e$ ”), en virtud de una convención, dada por el aprendizaje de la lengua española, que las fundamenta desde un punto de vista ontológico (“ $\{\}_e$ ”). Pero la responsividad R_i sólo puede emerger ante la presencia $S_{1/iA}$, es decir, la palabra “perro”, primero, de forma indirecta, mediante el acceso que proporciona R_1 ante $S_{1/iA}$, y segundo, porque entre la palabra “perro” y la clase ‘perro’, hay un fundamento “ f_1 ”, en este caso dado por una convención que establece un hábito, que es el tipo de fundamentación que respalda la representación “ $\leftrightarrow$ ” simbólica.

4. Zonas activas, responsividades y clases de signos

Ahora, adoptando más abiertamente un enfoque cognitivo, es importante recurrir a –y hasta cierto punto, adaptar– la noción de *zona activa* (Langacker, 1987, 1990, 2008; Taylor, 2002), para dar cuenta adecuadamente de las responsividades R_1 y R_i . Cuando un ítem participa en una relación, normalmente algunas facetas de dicho ítem están directamente involucradas (Taylor, 2002: 588) y las *zonas activas* serán las partes de las responsividades a las que se tiene acceso más inmediato. Por ejemplo, en la expresión “el libro está sobre la mesa”, la responsividad {superficie de la mesa} es la *zona activa* de la responsividad posible más general {mesa} y de la cual {superficie de la mesa} hace parte. En la frase “usa el tajalápiz para este lápiz” es la {punta del lápiz} la que aparece como *zona activa* de la responsividad general {lápiz}, y el {tajalápiz} tendrá su propia zona activa. Y si comparamos las frases “Juan corrió rápidamente hasta la playa” y “Juan nadó rápidamente hasta la playa”, bajo el supuesto de que Juan es un ser humano, podemos suponer que las zonas activas en “corrió” son especialmente las {piernas} y en menor medida los {brazos}, mientras que en “nadó” son zonas activas {brazos y piernas} casi por igual, pero más fundamentalmente, los movimientos concebibles en ambos casos son diferentes, en

relación con una responsividad más general que es el {cuerpo de Juan}. Pero también hay casos en los que la zona activa es el ítem completo, como en “Lo bautizaron ‘Juan’”, pues no hemos de suponer que sólo su {cráneo} fue bautizado, sino que todo {Juan} lo fue. Ahora, aunque la noción de *zona activa* fue introducida por Langacker para la Gramática Cognitiva, quisiéramos pensar que, incluso si no hay un uso del lenguaje, puede seguir siendo útil. Piénsese, por ejemplo, en la diferencia entre las diferentes zonas activas de la estructura conceptual que se actualizan cuando un médico examina a un paciente en coma o cuando es su familia quien lo ve.

Volvamos ahora a la tricotomía clásica de los signos icónicos, indexicales y simbólicos y veamos el esquema de la significancia sónica de la sección anterior. En los signos icónicos, R_i y R_j se superpondrán parcialmente, y por esta razón, habrá una suerte de economía cognitiva en el uso de esta clase de signos; pero además se explicaría la razón por la cual el examen de los signos icónicos permite aprender algo del ítem iconizado: dado que la fundamentación $\leftrightarrow_{fi}$ es de similaridad, esto tiene como consecuencia que R_i y R_j se superpongan, y de este modo, por así decirlo, “el examen del mapa nos da información sobre el territorio”. Así, un *ícono* será un signo cuya fundamentación es la similaridad y cuya *responsividad ensamblada* depende de que el ítem que hace las veces de signo y el que se representa pertenezcan al mismo ámbito o al menos a uno muy similar (cognitivamente hablando), y el propósito del primer ítem es favorecer el acceso a la información que se puede extraer del segundo, lo cual se logra a partir de que el agente puede hacer que cada uno de los ítems presente *zonas activas* similares. Así, aunque el signo esté adecuadamente fundamentado (similaridad objetiva), si el agente no está en condiciones de darse cuenta de la coincidencia de *zonas activas*, no podrá usar adecuadamente el signo icónico.

En cuanto a los signos indexicales, en la medida en que la fundamentación $\leftrightarrow_{fi}$ consiste en una acción/reacción, esto permite que la relación entre R_i y R_j sea una suerte de ‘contigüidad conceptual’, es decir, contrapartidas conceptuales de relaciones como causa/efecto, parte/todo, llamados de atención, etc. En este sentido, un *índice* es un signo cuya fundamentación es la acción/reacción (la oposición que se obtiene por haecceidad), y cuya responsividad ensamblada depende de que tanto el ítem que hace las veces de signo como el que se representa pertenezcan al mismo ámbito o dominio temático o conceptual (incluyendo dominios espacio-temporales), y el propósito del primer ítem es favorecer el acceso a la información que se puede extraer del segundo, lo cual se logra por medio del hecho de que el agente pueda establecer para dichos ítems diferentes *zonas activas*, aunque, al mismo

tiempo, tenga que poder concebirlas como yuxtapuestas o contiguas, como en las relaciones meronímicas, holonímicas, causa-efecto, etc.

En relación con los signos simbólicos, podemos darnos cuenta de que (normalmente), R_i y R_j serán diferentes y la función de la barra de acceso dependerá de la aceptación de una convención, como en el ejemplo que ilustra dicho esquema. Así, además, un *símbolo* será un signo cuya fundamentación representacional depende del establecimiento de un hábito (disposición o tendencia para actuar, normalmente de origen convencional) y cuya *responsividad ensamblada* depende de que el ítem que hace las veces de signo y el que se representa no pertenezcan al mismo ámbito o dominio, y el propósito del primer ítem es favorecer el acceso a la información que se puede extraer del segundo, lo cual se logra a partir de que el agente tenga una cierta pericia o habilidad en el tratamiento del primer ítem, como típicamente ocurre en el caso de las palabras. Pero esto además implica que en el caso de los símbolos las *zonas activas* estarán sujetas a las ‘zonas de acceso’ que convencionalmente se establezcan para la responsividad del ítem representado.

Antes de pasar a la siguiente sección, pensamos que debemos extraer tres consecuencias de la adaptación que hemos hecho de la noción de *zona activa* a nuestra noción de significancia: la primera es que, si hay zonas activas, también puede haber zonas inactivas o parcialmente inactivas (o activas) al interior de una cierta responsividad $\{R\}$. La segunda es que las diferentes responsividades $\{R\}$ están supeditadas a activarse dependiendo de los otros ítems que coaparezcan: las zonas activas con respecto al $\{\text{cirujano}\}$ en “el cirujano cobró demasiado por la cirugía” y “el cirujano se esforzó demasiado en la cirugía” son muy diferentes, pues mientras en el primer caso las zonas activas tendrán que ver con la relación entre su personalidad y sus ambiciones económicas, en el segundo tendrán que ver con la relación entre su personalidad y su interés por realizar un buen trabajo profesional. La tercera es que la aparición de zonas activas también dependerá de los intereses y objetivos de los agentes: la frase “es un coche muy bueno” no activará las mismas zonas si diferentes hablantes la emiten por razones diferentes, incluso, si se trata del mismo coche.

5. Perfiles, bases, *frames* y responsividades articuladas

Necesitamos ahora entender la díada *base/perfil* (Langacker, 1987, 1990, 2008; Taylor, 2002) y la noción de *frame* (Fillmore, 1982), proveniente la primera de la gramática cognitiva y de la semántica cognitiva la segunda, para explorar el modo en el que las diferentes responsividades se pueden articular entre sí, cosa que en la

tradición peirceana es un fuerte limitante, a no ser que se piense que la clasificación de 66 clases de signos da cuenta de esa cuestión.

Con respecto a la primera, la idea aquí es que una cierta responsividad emerge en un marco que la articula, al igual que en la teoría de la Gestalt la idea de figura/fondo; y en particular, un *perfil* es una responsividad que emerge al resaltar una subestructura dentro de una unidad responsiva más amplia llamada su *base*. Por ejemplo, la significancia de la palabra “hipotenusa” adquiere sentido sobre un ‘fondo’, que sería {triángulo rectángulo}, y sin el cual, perdería su significancia. De igual modo “isla” *perfila* una {masa de tierra} contra una *base* de {agua circundante} (Taylor, 2002: 588, 591). De las nociones *perfil/base* se pueden extraer la consecuencia de que una responsividad $\{R_i\}$ cobrará sentido contra un marco de una responsividad $\{R_j\}$.

Finalmente, un *frame* es una suerte de articulación de responsividades que adquirimos con la experiencia y que es requerido para dar cuenta del modo de funcionamiento de uno o varios ítems semióticos. Un *frame* está compuesto por dos partes: los *elementos* y las *relaciones* que articulan los *elementos*. Supongamos por ejemplo un *frame* muy general como {TRANSACCIÓN COMERCIAL}. Este *frame* estará articulado parcialmente, por ejemplo, por los siguientes tipos de elementos: {vendedor}, {comprador}, {ítem vendido}, {medio de cambio}, {valor de la compra}. Ahora, cada uno de estos elementos son *tipos*, en el sentido en que no son *ejemplares*, sino clases de elementos con sus propias características. Cada uno de los elementos y las relaciones entre ellos pueden entenderse como ‘espacios en blanco’ que pueden ‘ser llenados’ por *satisfactores* que pueden ‘satisfacer’ dichos elementos y relaciones. Pueden distinguirse varias clases elementos, pero entre ellos serán muy importantes los *roles*, que son papeles que pueden cumplir agentes individuales o institucionales. En el ejemplo anterior, una institución o un agente individual pueden ser *satisfactores* posibles para los *elementos* {comprador} o {vendedor}. Pero si ‘satisfacen’ el *elemento* es porque supuestamente pueden cumplir las *metas* de las *actividades* que en el *frame* se les han atribuido a dichos *elementos*, en este caso, esos *roles* que involucran actividades como comprar o vender.⁸ Las *relaciones* que articulan los elementos (y que también pueden satisfacerse) cumplen sus roles en

8 A título de ilustración, los siguientes se pueden considerar *frames*: MENTE & ACCIÓN, MATRIMONIO, RESTAURANTE, FAMILIA, EMBARAZO, EDUCACIÓN, LUCHA, COMPETENCIA, MISA, JUEGO, COLECCIONISTA, etc.

tanto que *reglas*, las cuales se dividen en *constitutivas* y *regulativas*.⁹ Con las reglas *constitutivas* se definen el tipo de objetivos típicos que establecen los roles de los elementos de un *frame* y las relaciones (de dependencia, jerarquía, articulación) típicas entre esos elementos. Con las reglas *regulativas* se controlan (con diferente grado de especificidad y carácter explícito o implícito) el modo en que puede darse cumplimiento típico a los *elementos* en el *frame*.

Ahora, un *frame* no se aprende, usa, refuerza, de parte en parte, sino como una suerte de Gestalt: un todo organizado que *articula* sus *partes* (*relaciones* y *elementos*). Esto quiere decir, por ejemplo, que frente a la palabra “vendedor” no solamente se *perfila* la respuesta posible {vendedor}, sino que {vendedor} se *perfila* sobre una *base* en la que aparecen otros *elementos* como {comprador}, {valor de venta}, etc. Estos elementos, además, aparecen *relacionados* de un modo coherente y articulado, en este caso configurando un *frame* como el de {TRANSACCIÓN COMERCIAL}. Pero, también, si estamos a punto de cenar, y vemos un tenedor, éste *perfila* la respuesta posible (o respuestas posibles) a {tenedor}, que puede incluir su reconocimiento, manipulaciones, etc., y por tanto, también cierta *zonas activas*. Pero dicho perfil {tenedor} –de modo similar a como sucedía con {vendedor}– aparecerá sobre un fondo en el que también pueden aparecer elementos como {cuchara}, {cuchillo}, {plato} (y sus posibles manipulaciones, lo cual implica zonas activas posibles) que se relacionan entre sí de un modo articulado y coherente, configurando un dominio de responsabilidades, que pueden hacer parte de un *frame* como el de {MANERAS SOBRE LA MESA}. En este sentido es indispensable comprender la responsividad de las significancias ontológicas y sígnicas (y por extensión, las significancias mismas) como haciendo parte de los *elementos* o *relaciones* propias de un *frame*. Esta idea se puede ilustrar de la siguiente manera:

9 Esta distinción tiene su origen en John Searle (1969, 1995), pero el tratamiento que él le da es un poco diferente.

Figura 2. Significancias ‘frame-izadas’

$$\begin{array}{ll}
O_i \leftrightarrow_{f1} [S_{1/iA}] \triangleleft [\{R_1(P_1)\} \Vdash R_{iA}(F_i)\}_E]_{fi} & O_i \triangleleft [\{R_{iA}(F_i)\}]_{fi} \\
O_j \leftrightarrow_{f2} [S_{2/jA}] \triangleleft [\{R_2(P_2)\} \Vdash R_{jA}(F_j)\}_E]_{fj} & O_j \triangleleft [\{R_{jA}(F_j)\}]_{fj} \\
O_k \leftrightarrow_{f3} [S_{3/kA}] \triangleleft [\{R_3(P_3)\} \Vdash R_{kA}(F_k)\}_E]_{fk} & O_k \triangleleft [\{R_{kA}(F_k)\}]_{fk} \\
O_l \leftrightarrow_{f4} [S_{4/lA}] \triangleleft [\{R_4(P_4)\} \Vdash R_{lA}(F_l)\}_E]_{fl} & O_l \triangleleft [\{R_{lA}(F_l)\}]_{fl} \\
\vdots & \\
O_l \leftrightarrow_{f4} [S_{4/lA}] \triangleleft [\{R_4(P_4)\} \Vdash R_{lA}(F_l)\}_E]_{fl} & O_l \triangleleft [\{R_{lA}(F_l)\}]_{fl}
\end{array}$$

Lo que intentamos poner de relieve con las ‘cajas’ es que éstas enmarcan el mismo conjunto de respuestas. La gráfica no muestra, sin embargo, dos cosas muy importantes: primero, un mismo ítem o puede llegar a tener varias responsabilidades. Y segundo, las diferentes responsabilidades puedan tener diferentes relaciones entre sí. Con respecto a lo primero, podemos decir que puede haber casos en los que $O_i = O_j, \dots, O_z$. Con respecto a lo segundo, avanzaremos una hipótesis al final de la siguiente sección.

6. Significancia y significación

En las secciones anteriores nos hemos esforzado por dar cuenta de la *significancia*, entendida como responsividad fundamentada, y en ese sentido, como una *respuesta posible con un respaldo concreto*. Pero una respuesta posible es diferente de una respuesta real, en la medida en que una respuesta real ha de ser llevada a cabo por un agente intentando actualizar una respuesta posible. En términos peirceanos, la diferencia entre la primera y la segunda es que la primera está dada por los *interpretantes inmediatos*, mientras que la segunda lo está por los *interpretantes dinámicos*. Ahora bien, decíamos antes que esa *responsividad posible* servía como un criterio de corrección contra el cual contrastar la respuesta actual, y así obtener un punto de referencia para evaluar si la respuesta actual era o no adecuada con respecto al objetivo en curso. Y de este modo, si un agente actualiza una respuesta que no coincide (o coincide sólo parcialmente) con la respuesta posible esperable para la ocasión, podemos decir que se equivoca, o comete un error, o comete alguna clase de yerro. Esto también tiene como consecuencia que hay que diferenciar la

significancia de la *actividad misma de significar*, y que como tal, merece el nombre de *significación*.¹⁰

Y de este modo, la diferenciación de la *significancia* (tema de preferencia del enfoque peirceano) de la *significación* (tema de preferencia de la TEM/TIC, en tanto que construcción perspectivizada en línea del significado), permite incorporar temas usuales de la semántica cognitiva como la referencia, los condicionales, las metáforas, la narratividad, etc. Y es en este punto donde parecen converger los fenómenos que se pretenden explicar con la propuesta de la *significancia revisitada* y los de la TEM/TIC. En efecto, uno de los asuntos importantes a retener es que los *frames* no son estructuras estáticas. Los agentes en vez de reclutar e instanciar de un modo directo y simple los *frames*, lo que hacen es construir permanentemente modelos cognitivos que permiten la configuración de nuevos conceptos, *construals*, y actividades (Coulson, 2001: 282). Y al reclutar la información de los *frames*, los agentes seleccionan alguna información y no otra, en particular, información que va a convertirse en las *zonas activas* de los ítems reclutados en los espacios mentales; ítems que se *perfilan* en relación con una cierta *base* que también participa del *frame*.

En este punto podemos avanzar la hipótesis de que, independientemente de la clase de ítem que se trate, las responsividades R_i y R_j establecen relaciones *internas*, *externas* o *mediales*. Las *externas* se dan entre las diferentes *zonas activas* simultáneamente coactivas de las responsividades de diferentes *frames* que aparezcan dentro del alcance de la escena o la situación (y con esto podemos poner en evidencia que hay una relación inherente entre el efectivo cumplimiento de propósito y zona activa). Las *internas* se dan con respecto a la organización interna de R_i y R_j , en una relación *perfil/base* (Langacker, 1987, 1990, 2008) al interior de un mismo *frame*. Las *mediales* son las proyecciones entre respuestas, lo que da lugar a entramados o urdimbres semánticas como las presentes en la *composición*, *compleción* y *elaboración* de los procesos de integración conceptual.

10 En este sentido, *significación* es la acción y el efecto de la actividad de significar, y no una mera 'manifestación' de una estructura 'inmanente', independientemente de cualquier agente, como ocurre en otras propuestas semióticas.

7. Escena de base y escena semiótica

Si antes hemos diferenciado la significancia de la significación, y habíamos, además, distinguido una significancia ontológica de una sígnica, esto nos podría llevar a pensar que también habría una significación sígnica y otra ontológica. Esta forma de presentar la cuestión, sin embargo, puede llevar a la idea (errónea) de que la significación se constituye solamente en la dación de sentido a un ítem semiótico, bien sea que esté o no en función de representación. Por el contrario, hemos de tener en cuenta que los objetos y los otros agentes intervienen en la experiencia como haciendo parte de eso que se suele describir como un *estado de cosas*. Pero, más aun, los estados de cosas en nuestra experiencia cambian, y cuando esto sucede son descritos como *eventos*. En este sentido, *son entonces los eventos aquellos a los que normalmente se les está asignando una cierta significación*. Esto quiere decir que la significación en cuanto tal, en la medida en que es producida y consumida por un agente (o un grupo de agentes) puede tener lugar en un evento (o más precisamente, un conglomerado de eventos), o puede ser que haga parte de la actualización de una (o varias) significancias. Veamos esto con más detenimiento.

Una cosa es que la *significación* sea un sentido que *emerge en un cierto momento y lugar*, que para el agente constituirán su *escena de base*; y otra cosa es que ésa significación esté actualizando significancias (funcionales o propositivas) *con relación a un cierto momento y lugar*, que para el agente constituirán su *escena semiótica*, y que –muy notablemente– puede no ser la misma *escena de base*. Por ejemplo, una cosa es ver una película en un teatro (*escena de base*) y otra cosa es aquel espacio en el que se desarrollan los eventos de la película (*escena semiótica*). Lo anterior implica que habrá que diferenciar los aspectos situacionales (cf. Gallagher, 2005; Robbins & Aydede, 2008), enactivos (Thompson, 2007) y atencionales (Oakley, 2010) de la *escena de base* de aquellos de la *escena semiótica*. Por ejemplo, una cosa será el *espacio* de la escena de base y otra el *espacio* de la *escena semiótica*. Y algo similar sucederá con el *tiempo*: piénsese, por ejemplo, en la diferencia entre el tiempo de exposición del visionado de una película, que normalmente va de hora y media a tres horas en contraposición al tiempo de los eventos representados, que puede ir desde unas pocas horas hasta la historia entera del universo. Otro tanto se podrá decir de otros aspectos que ponen en juego diferentes dimensiones de la agentividad humana (Niño, en preparación), que incluyen el carácter *afectivo*, *intersubjetivo* y *kineto-perceptual* de la *escena de base* y la *escena semiótica*.

Pero también sucede –y de hecho, es inevitable que suceda la mayor parte del tiempo– que el lugar y el momento en el que se produce la significación sean también el lugar y el momento acerca del cual un agente actualiza la significancia de dicha significación, como cuando percibimos y manipulamos algo, y el propósito o función de la actualización de la significancia se agota en dicha percepción o manipulación. Pero muchas veces, tenemos que tener en cuenta ambas cosas: cuando estamos jugando un video juego, tenemos que manipular el control (que hace parte de la *escena de base*) para que el personaje que ‘manipulamos’ se ‘mueva’ (en la *escena semiótica*), en cuyo caso podemos hablar de la *unicidad escénica*.¹¹

Ahora bien, sea que se trate de unicidad o duplicidad escénica, el carácter de la significación es tal que tiende a tener un carácter holista o gestáltico, es decir, la escena (o las escenas) tenderán a verse como un todo completo, de bordes indefinidos, y de este modo, los ítems intervinientes tenderán a verse como estableciendo coherencias básicas entre sí. En este sentido, es importante constatar, como pone de relieve Eve Sweetser, que constantemente tenemos acceso a muchos espacios mentales (1999: 149) de forma simultánea. Si esto es así, del mismo modo que reconceptualizamos la significancia peirceana, parece provechoso reconceptualizar los espacios mentales de la TEM/TIC en términos de *escenas* (de base y semiótica). Este sin embargo, es un tema que merece un trabajo aparte (cf. Niño, en preparación).

8. El caso del cirujano-carnicero: otra aproximación

En Peirce un mismo objeto puede ser muchos signos. Y Peirce no lo dijo, pero aquí sí lo diremos, no siempre un mismo ítem semiótico está funcionando como la misma clase de signo. Para hacer nuestro análisis vamos primero a abordar un ejemplo que se ha vuelto clásico en la semántica cognitiva. Se trata de la frase “ese cirujano es un carnicero”, que en varias ocasiones se ha interpretado como estableciendo la incompetencia del galeno (Grady, Oakley & Coulson, 1999; Taylor, 2002; Croft & Cruse, 2004).

11 Este fenómeno del doble escenario parece tener como contrapartida la idea de *historias de doble alcance* desarrollada por Turner (2003). Ahora bien, para nosotros, la escena de base y la escena semiótica tienen características fenomenológicas, es decir, su sentido se constituye en la experiencia de dar sentido, mientras que los espacios mentales que dan lugar al fenómeno de doble alcance son modelos semánticos de procesos cognitivos percepto-conceptuales.

Apelando a nuestra distinción entre *significancia* y *significación*, diremos que la significancia de esa frase remite a todas sus interpretaciones fundamentadas posibles (y en este sentido es cercana al *significado potencial* propuesto por Fauconnier (1997), con la diferencia de que Fauconnier no hace una reflexión sistemática sobre el problema de la fundamentación, sino que lo da por descontado), mientras que su significación estará dada por el sentido que le atribuye un agente concreto en una circunstancia concreta. De la discusión anterior sobre la *escena de base* podemos colegir que nunca se interpreta una frase, ni de un modo más general, se responde ante un conglomerado sígnico, en el vacío. Imaginemos, entonces, que la frase es significada por un agente en dos situaciones diferentes: como paciente en un hospital y como invitado a una fiesta de disfraces (esto, por supuesto, no agotaría las posibilidades).

En el primer caso, podemos suponer –como en Brandt & Brandt (2005), quienes reportan, además, que es un caso que realmente sucedió– que la frase la emite una paciente, en tono airado, mientras habla con su pareja que le está haciendo visita, al mostrarle a ésta última su cicatriz postoperatoria. En ese sentido, cuando quien satisface el rol de paciente dice “ese cirujano...”, el análisis inicial de la actualización de la significancia nos lleva a algo como lo siguiente:

$$\text{cirujano}_i \leftrightarrow_{fi} [“\text{cirujano}”_{1/iA}] \blacktriangleleft [\{‘\text{cirujano}’_1(P_1) \Vdash ‘\text{CIRUJANO}’_{iA}(F_i)\}_{E-fi}]$$

Donde cirujano_i es la persona individual que ha hecho las veces de cirujano (al menos presuntamente). Ahora, lo que encontramos es que CIRUJANO es un *perfil* que presenta como *zona activa* su actividad quirúrgica, y por lo tanto, el propósito de la misma, esto es, cuidar de la salud de sus pacientes (y no por ejemplo, otras zonas virtualmente activables, como su entrenamiento profesional, sus honorarios, su prestigio social, etc.). Y dado que la emisión se relaciona con la cicatriz, otros elementos del *frame* al que pertenecen CIRUJANO y CIRUGÍA, como PACIENTE, INSTRUMENTAL QUIRÚRGICO, etc., quedan virtualmente activos, mientras que otros, como la CUENTA DEL HOSPITAL, la SALA DE RECUPERACIÓN, etc. quedan virtualmente inactivos. Toda esta información, entonces, es a la que se accede en la situación de la emisión, y por tanto, la que emerge y se produce como un *input* para la integración ulterior.

Sin embargo, cuando quien muestra la cicatriz termina la frase con “[...] es un carnicero”, aunque el análisis inicial puede ser muy similar al del cirujano

$$\text{carnicero}_i \leftrightarrow_{fi} [“\text{carnicero}”_{1/iA}] \blacktriangleleft [\{‘\text{carnicero}’_1(P_1) \Vdash ‘\text{CARNICERO}’_{iA}(F_i)\}_{E-fi}]$$

en realidad el contraste de los *perfiles* y las *zonas activas* hace que se realice una *reacomodación* (provisional y en línea) de los *elementos* y las *relaciones* de los *frames*. En efecto, en este caso “carnicero” da acceso al *perfil* CARNICERO, en una situación donde la significación importante se establece entre el quehacer de un cirujano y la cicatriz que ha dejado dicha actividad, y de este modo, también en CARNICERO se reclutarán *zonas activas* relativas a su quehacer. Pero, además, en este caso hay otros elementos del *frame* al que pertenece CARNICERO que quedarán virtualmente activos, como CUCHILLO, CARNE PARA DESTAZAR, ACTIVIDAD DE CORTAR, etc.; mientras que otros quedarán virtualmente inactivos, como los relacionados con el negocio de la carnicería, como NEVERAS, HORARIO DE ATENCIÓN, etc. Y es toda esta información que se recluta en esa situación la que se constituirá en otro *input* para la integración.

Ahora, es importante preguntarse por qué algunos elementos quedan activos o inactivos en ambos *frames*, o como se dice en los círculos cognitivos, ¿por qué se *recluta* cierta información y no otra? O en cualquier caso, ¿por qué se *debería* en esta situación reclutar la información de la actividad de cortar carne y no la de ponerla en la nevera? Nuestra respuesta a esto tiene que ver con la idea de que las acciones de los agentes obedecen a agendas, pero en este momento no podemos extendernos en esto (cf. Niño, 2013, en preparación). Por lo pronto diremos que en la medida en que se trata de una situación comunicativa, la determinación de la intención del hablante especifica la pertinencia de los contenidos a reclutar en relación a los signos que se están usando. Porque, como señala Short:

La ‘acción’ del signo depende, por tanto, de su relevancia para los propósitos de un agente; sólo así tiene un efecto. El signo hace o puede hacer una diferencia: en ese sentido ‘actúa’, si es que actúa. Pero sólo actúa por medio de influenciar a un agente, que independientemente de ese signo, está persiguiendo algún propósito. Hablar de una acción de un signo es sólo otra manera de hablar acerca de cómo un signo determina a su interpretante. Nada es un signo excepto por su relevancia objetiva para los propósitos de posibles agentes (2007: 172).

En este caso tenemos una situación en la que un hablante señala una cicatriz y en tono de protesta dice “ese cirujano es un carnicero”. Ahora, ese hablante se dirige a un oyente, y en esa medida, espera del oyente una cierta respuesta. Todo esto nos lleva a decir que en este caso –y en casos como este– la frase, “en sí misma”, tiene infraespecificadas sus condiciones de significación y lo que las puede especificar son las intenciones del hablante. En otras palabras, los signos no significan por

sí solos: son los hablantes los que significan, porque significar es una actividad, y como tal, obedece a propósitos u objetivos.

Pero, ¿cómo se especifican las intenciones del hablante? En ciertas ocasiones, cuando un hablante emplea verbos como “quiero”, “deseo”, “haz”, “ven”, etc. En otras ocasiones, se han ritualizado actos de habla indirectos con esos fines, como el muy citado ejemplo de “¿me puedes pasar la sal?”, que más que una pregunta es una solicitud o un requerimiento. Pero en otras ocasiones, el hablante apela a cosas como el tono de voz o a un sistema de valores compartido: tener una cicatriz por una cirugía no es algo que comúnmente se desee tener y que se muestre con orgullo (aunque habrá casos en los que sí lo sea). Por el contrario, se puede ver como un daño físico, e incluso, como una agresión, si lo que se esperaba era una cicatriz más pequeña. Y, nuevamente, si hay un daño, nuestra reacción usual sería la de airarnos (en diferentes grados, según la personalidad), indignarnos con el responsable del daño, y también, buscar simpatía o solidaridad de otros (particularmente de familiares o cercanos). Y un esquema como ese (tal como lo dicen Brandt & Brandt, 2005), es el que parece explicar la actitud del paciente (cf. la explicación del *frame* RESPONSABILIDAD en Coulson, 2001). Son entonces, los objetivos específicos de los agentes los que imponen las condiciones de restricción para las proyecciones selectivas. Y si bien, en la medida en que –normalmente– lograr unos objetivos supone recurrir a estrategias y tácticas, los agentes apelan a *principios regulativos* que facilitan la consecución de los objetivos *omniabarcante y generales* que valen para cualquier integración; en todo caso, son los objetivos *específicos* de los agentes (“los propósitos de la acción y entendimiento local”) los que establecen cómo se erigen las redes y las relaciones entre espacios. En este sentido es muy importante resaltar la diferencia entre los propósitos de las redes de integración conceptual (e.g. reducción a escala humana, *insight* global), que son propósitos cognitivos, relativos a la economía cognitiva; de los propósitos en curso específicos de los agentes particulares (e.g. comunicar algo, persuadir de algo, etc.). Y son propósitos completamente diferentes, puesto que tienen condiciones de cumplimiento diferentes (cf. Niño, 2013): si nos cuentan un chiste, una cosa es obtener *insight* global y otra cosa es comprender el chiste, entre otras cosas por que no es lo mismo no obtener *insight* global que no entender el chiste. Y de hecho, podemos obtener *insight* global malinterpretando el chiste. Y aquí radica la importancia de la diferencia entre significancia y significación: es la significancia la que nos permite decir que que en la significación efectiva un chiste fue bien o mal entendido, o una orden bien o mal ejecutada, o un objeto bien o mal usado (o incluso bien o mal diseñado),

y así sucesivamente con cualquier uso de signos u objetos. De no ser así, cualquier significación sería tan buena como otra. Pero si esto fuese así, nunca lograríamos siquiera aprender a usar objetos o el lenguaje verbal.¹²

Esto último, en relación con el ejemplo que estamos analizando, implica que *deberíamos* (insisto en el uso de este verbo, bajo el supuesto de que nuestro propósito usual es entender lo que nos dicen) en este caso y para esta situación interpretar la emisión como una queja¹³ (en lo que coincidimos con Brandt & Brandt, 2005), en el nivel de la *elaboración*. Y, además, habría que agregar que nuestro *construal* (Langacker, 2008) de la frase debería ser tal que nos permitiera *acomodar* (cf. Coulson, 2001), con respecto a *esa intención comunicativa*, los *perfiles* y las *zonas activas* de CIRUJANO y CARNICERO. Precisamente esa clase de *acomodación* es la que ofrece la TEM/TIC, tanto en la versión ‘canónica’ de Turner & Fauconnier (2002) con nociones como *composición* y *compleción*, como la de Brandt & Brandt (2005) con la de *espacio de relevancia*.

Por otro lado, pensemos ahora en el uso de la frase en la fiesta de disfraces. Allí, si quien dice “ese cirujano...” no es un paciente, ni en general, está relacionado con la actividad profesional del galeno, entonces el resto del *frame* seguramente seguirá *sin perfilarse*, es decir, PACIENTE, CIRUGÍA, INSTRUMENTAL QUIRÚRGICO, etc. permanecerán sin reclutarse. Pero, además, la *zona activa* de CIRUJANO seguramente no será la de la ‘actividad quirúrgica’, sino la de la ‘indumentaria típica en salas de cirugía’. Y del mismo modo, “... es un carnicero” permitirá que se *perfile* CARNICERO, pero no el resto del *frame*. Y como la situación nos permite inferir que en una fiesta de disfraces la indumentaria no corresponde con la actividad usual (¡FIESTA DE DISFRACES también es un *frame*!), podemos inferir, si no hay información presente en la escena que nos permita pensar lo contrario, que CARNICERO satisface el oficio usual de la persona a la que se está indicando. Y si esto fuese así, en este caso

12 La TIC a pesar de que establece que las redes de integración conceptual se realizan en función de “los propósitos de la acción y entendimiento local”, no diferencia entre significación y significancia, y de hecho, parece confundirlas (cf. Niño, 2013), admitiendo así un cierto solipsismo semántico que sucumbe a las críticas de Chris Sinha (1999) del “*Grounding Problem*” y “*Other Minds Problem*” (cf. infra).

13 Compárese eso con una situación similar, pero esta vez quien habla dice con el mismo tono de voz: “ese carnicero es un artista”. En este caso no sólo estamos ante una metáfora, sino ante una ironía. Pero si dijese “ese cirujano es un artista” en un tono genuinamente divertido, quizás pensaríamos que se ha tomado bien –y dependiendo de qué tan suspicaces seamos, incluso, sospechosamente bien– el asunto de la cicatriz.

el uso de la frase no sería una metáfora sino una elipsis. (La moraleja adicional de esto último es que no parece muy exacto pensar que las frases por sí mismas –y por extensión, cualquier conglomerado sígnico– se clasifiquen como retóricas o no, sino que más bien, lo que hace retórica a una frase se encuentra ‘más allá’ de su significancia expresiva).

Nótese que el uso de expresiones que dan lugar a metáforas depende de que las responsabilidades de las zonas activas *se vuelvan* comparables, es decir, lleguen a considerarse *provisionalmente* similares, bien sea por la estructura del *frame*, por las entidades que participan, etc. En otras palabras, una metáfora es –como sugería Peirce en 1903 (EP2: 274)– un ícono basado en un paralelismo con algo más: la unicidad estructural de las relaciones o elementos de los *frames* participantes. Y si se habla de ícono es porque con las responsabilidades en cuestión se simularía lo que se representa. Ahora bien, los signos con los que se representa tal unicidad estructural pueden tener características muy diferentes. Recordemos una vez más que el ítem que representa y el representado pueden ser, ciertamente, de naturaleza muy distinta, pero también, de naturaleza muy similar. El primer caso es como el de las palabras y las cosas, esto es, simbólico; mientras que el segundo es como el de un dibujo de una flor y una flor, esto es, icónico. Y si esto es así, los usos metafóricos aunque icónicos en el sentido antes señalado, pueden tener a la base uso de símbolos o uso de íconos (o de índices). Y es en estos casos en donde la retórica de tratamiento semiótico estructuralista no ha hecho suficiente claridad (*e.g.* Groupe μ , 1987, 1992).

9. A modo de conclusión

No parece improbable que el posible lector que aún nos acompañe se pregunte si un semiótico peirceano o un semantista cognitivo estaría satisfecho (incluso parcialmente) con las propuestas anteriores, o si vería alguna ventaja en ellas. En aras de ofrecer mayor claridad para la formación de sus opiniones (la del semiólogo y la del semantista), es importante explicitar lo que consideramos que hemos hecho hasta el momento. En primer lugar, hemos presentado el modelo del signo de C.S. Peirce, bajo la suposición de que la mejor presentación disponible de dicho modelo la ha realizado Thomas Short. En dicha presentación la *significancia* es la noción central, y como tal, logra articularse a partir de las nociones de *interpretabilidad* y *fundamentación*. Uno de los mayores logros de Short –al menos en nuestra opinión– es haber señalado la importancia que Peirce otorgó a la noción de *propósito*,

pues es con respecto a éste que se puede caracterizar la actualización de la *interpretabilidad*, esto es, la *interpretación* (significación) como adecuada o inadecuada, correcta o incorrecta, etc. Sin embargo, por más fructífera que sea la propuesta de Peirce/Short, ésta aún no nos dice cómo se articulan diferentes interpretabilidades en una situación, ni tampoco permite que la interpretabilidad sea de otra cosa que no sea un signo, esto es, de un ítem que está en función de representación, lo cual parece extraño, pues a primera vista parece que podemos usar diferentes objetos ‘directamente’, sin que estos estén representando alguna cosa en particular.

A continuación hicimos una presentación de la TEM/TIC, haciendo énfasis en la idea de que los fenómenos que intentaron explorar en un principio eran fenómenos relacionados con la referencia y los contra-fácticos, pero pronto se vio que podía dar cuenta de otra clase de fenómenos como las metáforas y los chistes. En la siguiente sección hemos hecho una re-elaboración de la significancia peirceana, ya no en términos de interpretabilidad, sino de *responsividad*, planteando además, dos clases diferentes de fundamentación. En este excursus, además, hemos acudido a algunas nociones de la semántica y la gramática cognitiva que nos han permitido esbozar una idea sobre cómo se pueden articular diferentes responsabilidades (mediante los *frames*), y además, cómo y en qué condiciones se actualizarían y se enfatizarían algunas sub-estructuras de los elementos y relaciones de dichos *frames* (las *zonas activas*).

Pero, a su vez, esta discusión nos ha permitido pensar, por una parte, que la activación de ciertas zonas y no de otras (el *reclutamiento*) obedece a la intersección de los propósitos de los signos (esto es, de la coactivación de las zonas activas de sus responsabilidades articuladas, o al menos en composición) con los objetivos e intereses de los agentes que los usan, y en ese sentido, es que el uso de signos sirve como un medio para un fin. Por otra parte, dicha intersección nos ha puesto sobre-aviso del papel que puede jugar la fundamentación de la significancia (doble en el caso de la significancia *sígnica*, única en el de la ontológica): en primer lugar, la fundamentación que respalda la significancia *sígnica* nos permite establecer los criterios para que se dé la relación de representación, y en segundo lugar, la fundamentación que respalda la significancia ontológica nos permite mostrar las condiciones que nos han permitido estar *situados* con respecto a los *eventos* del mundo y estar *engranados* con él, al igual que estar *sintonizados* con los demás agentes con los que hemos interactuado, lo cual permite comprender lo que más adelante llamamos la *escena de base*. Es decir, el papel de la fundamentación es indispensable a la hora de abordar los desafíos presentados al enfoque cognitivo –entre otros por Chris

Sinha (1999)—, con respecto a la relación entre una mente con el mundo y con otras mentes —Grounding Problem (GP) y Other Minds Problem (OMP)—, y evitar así, ser acusada de ser una teoría subjetivista del significado.

A partir de aquí, es decir, de la combinación del *engranamiento* situacional y de la *coactivabilidad* de diferentes zonas activas de diversas responsabilidades, surge la idea de ampliar el marco de la TEM/TIC en relación a los espacios mentales de entrada y comprenderlos como *escenas*; particularmente, como (al menos) una *escena de base* y una *escena semiótica*, en las que los agentes dan sentido, esto es, *realizan la actividad de significar*.

Finalmente, hemos dedicado la sección anterior a ilustrar cómo se puede comprender lo anterior a partir de dos usos de la ya clásica frase “ése cirujano es un carnicero”. La *significación*, entonces, como la efectiva actividad de significar (y en ese sentido, diferente de la *significancia*, que aunque fundamentada es una mera respuesta posible no actualizada) y como el producto de dicha actividad, presenta una serie de características: primero, requiere de agentes que la realicen; segundo, su realización parece obedecer a diferentes propósitos, por lo que está sujeta a evaluación; y en tercer lugar, ha de tener algún grado de fundamentación (*engranamiento* y *sintonía*).

En este sentido, lo que le ofrece la TEM/TIC (y de un modo más general, la semántica y la gramática cognitiva) a la semeiótica peirceana es la oportunidad, por una parte, de ganar plausibilidad cognitiva y operativa, y por otra, de abordar de un modo más expedito discursos complejos (que incluyen textos verbales, gestuales, imágenes), y no sólo signos complejos como los argumentos, porque el sistema de responsabilidades con el que se responde al mundo y a los demás es equivalente a nuestra capacidad, habilidad y experticia para enfrentar a dicho mundo de un modo coherente y articulado. Por su parte, lo que le ofrece la semeiótica peirceana a la TEM/TIC es, en primer lugar, la oportunidad de solucionar los llamados desafíos cognitivos (GP/OMP), evitando así los peligros del solipsismo y el anti-realismo; y en segundo lugar, al explicitar la relaciones entre los propósitos (y las funciones) y la significancia, pone de relieve, por una parte, las razones que permiten reclutar una u otra información en un espacio mental dado (o en una escena), y por otra, que la integración no es sólo conceptual, sino de las responsabilidades activas, lo cual puede involucrar ciertamente conceptos, pero también estados de ánimo, afectos, actos, gestos, etc., es decir, de toda la gama de interpretantes ‘ontológicos’ y no sólo los ‘lógicos’. En ese sentido, a primera vista, parece —al menos a los ojos de

quien escribe— que la articulación del enfoque peirceano y del cognitivo produce un efecto sinérgico en relación con uno de los problemas centrales de la semiótica, esto es, el de la significación.

Referencias

- BARSALOU, L. 1999. «Perceptual Symbol Systems». *Behavioral and Brain Sciences*, 22: 577-660.
- . 2008. «Grounded Cognition». *Annual Review of Psychology*, 59: 617-45.
- BRANDT, L. & P.A. BRANDT. 2005. «Making Sense of a Blend. A Cognitive-Semiotic Approach to Metaphor». *Annual Review of Cognitive Linguistics* 3: 216-249.
- BRANDT, P.A. 2004. *Spaces, Domains, and Meaning. Essays in Cognitive Semiotics*. Berlin / New York, Peter Lang.
- . 2005. «Mental spaces and cognitive semantics: A critical comment». *Journal of Pragmatics*, 37: 1578-1594
- CROFT, W. & D.A. CRUSE. 2004. *Cognitive Linguistics*. Cambridge, Cambridge University Press.
- COULSON, S. 2001. *Semantic Leaps. The Role of Frame-Shifting and Conceptual Blending in Meaning Construction*. Cambridge, Cambridge University Press.
- EVANS, V. & M. GREEN. 2006. *Cognitive Linguistics. An Introduction*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
- FAUCONNIER, G. 1985 [1994]. *Mental Spaces: Aspects of Meaning Construction in Natural Language*. New York, Cambridge University Press.
- . 1999. «Methods and generalizations» In: T. Janssen & G. Redeker (Eds.). *Cognitive Linguistics. Foundations, Scope, and Methodology*. Berlin / New York, Mouton de Gruyter. Pp. 95-127.
- . 2007. «Mental Spaces». In: D. Geeraerts & H. Cuyckens (Eds.). *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford, Oxford University Press. Pp. 351-376.
- & M. TURNER. 2002. *The Way We Think. Conceptual Blending and the Mind's Hidden Complexities*. New York, Basic Books.
- FILLMORE, C. 1982. «Frame semantics». In: D. Geeraerts (Ed.). *Cognitive Linguistics. Basic Readings*. Berlin / New York, Mouton de Gruyter. Pp. 373-400.
- FODOR, J.A. 1987. *Psychosemantics. The Problem of Meaning in the Philosophy of Mind*. Cambridge, The MIT Press.

- GALLAGHER, S. 2005. *How the Body Shapes the Mind*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GIBBS, R.W. 2006. *Embodiment and Cognitive Science*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (Ed). 2008. *The Cambridge Handbook of Metaphor and Thought*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GRADY, J., T. OAKLEY & S. COULSON. 1999. «Blending and Metaphor». In: G. Steen & R. Gibbs (Eds.). *Metaphor in Cognitive Linguistics*. Amsterdam, John Benjamins. Pp. 101-124.
- GROUPE μ. 1990 [1970/1987]. *Retórica general*. Barcelona, Paidós.
- . 1992 [1993]. *Tratado del signo visual*. Madrid, Cátedra.
- LAKOFF, G. *Women, Fire and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*. Chicago, Chicago University Press.
- . 1993. «The Contemporary Theory of Metaphor» (p. 185-238). In: D. Geeraerts (Ed.). *Cognitive Linguistics. Basic Readings*. Berlin / New York, Mouton de Gruyter.
- & M. JOHNSON. 1980. *Metaphors We Live By*. Chicago, Chicago University Press.
- & ———. 1999. *Philosophy in the Flesh. The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*. New York, Basic Books.
- LANGACKER, R. 1987. *Foundations of Cognitive Grammar*. Vol. 1. Stanford, Stanford University Press.
- . 1991. *Foundations of Cognitive Grammar*. Vol. 2. Stanford, Stanford University Press.
- . 2008. *Cognitive Grammar. A Basic Introduction*. Oxford, Oxford University Press.
- LISZKA, J.J. 1996. *A General Introduction to the Semeiotic of Charles Sanders Peirce*. Bloomington / Indianapolis, Indiana University Press.
- NIÑO, D. 2008. «El signo peirceano y su impacto en la semiótica contemporánea». En: D. Niño (Ed.). *Ensayos Semióticos*. Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano. Pp. 15-100.
- . 2010. «Signo y propósito. Presentación y crítica de la propuesta de interpretación de Thomas Short del modelo de signo de Charles S. Peirce». *Cuadernos de Sistemática Peirceana*, 2: 89-124.

- . 2013. «Meaning Construction and Purpose: A Suggestion for Conceptual Blending Theory». Ponencia presentada en la *1st International Conference: Cognitive Futures of the Humanities*. Bangor University (April 4-6).
- . (En preparación). *Elementos de semiótica agentiva*.
- OAKLEY, T. 2010. *From Attention to Meaning. Explorations in Semiotics. Linguistics, and Rhetoric*. Berlin / New York, Peter Lang.
- PEIRCE, C.S. [1994]. *The Collected Papers of Charles S. Peirce*. 8 vols. C. Hartshorne & P. Weiss (Eds.), vols. 1-6; A. Burks (Ed.), vols. 7-8. Cambridge, Harvard University Press. Citado como *CP*, seguido por volumen y número de párrafo.
- . [1958]. *Charles S. Peirce: Selected Writings. Values in a Universe of Chance*. P.P. Wiener (Ed.). New York: Dover Publications. Citado como *SW*.
- . [1991-1997]. *The Essential Peirce*, 2 vols. N. Houser & C. Kloesel (Eds.), vol. 1; The Peirce Edition Project (Ed.), vol. 2. Bloomington / Indianapolis: Indiana University Press. Citado como *EP*, seguido por volumen y número de página.
- PÉREZ, C.A. Este volumen. «Retórica visual: de la teoría de los signos a la teoría de la integración conceptual».
- RANDESELL, J. 1976. «Another Interpretation of Peirce's Semiotic». *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, XII (2): 97-110.
- ROBBINS, P. & M. AYDEDE. (Eds.). 2008. *The Cambridge Handbook of Situated Cognition*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SAVAN, David. 1988. *An Introduction to C.S. Peirce's Full System of Semeiotic*. Toronto, Monograph Series of the Toronto Semiotic.
- SEARLE, J. 1969 [2000]. *Actos de habla. Un ensayo en filosofía del lenguaje*. Madrid, Cátedra.
- . 1995 [1997]. *La construcción de la realidad social*. Barcelona, Paidós.
- SHORT, T. 1996. «Interpreting Peirce's Interpretant: A Response to Lalor, Liszka and Meyers». *Transactions of the Charles S. Peirce Society*. Vol. 32: 488-541.
- . 2004. «The Development of Peirce's Theory of Signs». In: C. Misak (Ed.). *The Cambridge Companion to Peirce*. Cambridge, Cambridge University Press. Pp. 214-240.
- . 2007. *Peirce's theory of Signs*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SINHA, C. 1999. «Grounding, Mapping, and Acts of Meaning». In: T. Janssen & G. Redeker (Eds.). *Cognitive Linguistics. Foundations, Scope, and Methodology*. Berlin / New York, Mouton de Gruyter. Pp. 223-255.

- SWEETSER, E. 1999. «Compositionality and Blending: Semantic Composition in a Cognitively Realistic Work». In: T. Janssen & G. Redeker (Eds.). *Cognitive Linguistics. Foundations, Scope, and Methodology*. Berlin/New York, Mouton de Gruyter. Pp. 129-162.
- TAYLOR, J. 2003. *Cognitive Grammar*. Oxford, Oxford University Press.
- THOMPSON, E. 2007. *Mind in Life. Biology, Phenomenology, and the Sciences of Mind*. Cambridge, Harvard University Press.
- . 2003. «Double-Scope Stories». In: D. Herman (Ed.). *Narrative Theory and the Cognitive Sciences*. Stanford, CSLI Publications.
- VARELA, F., E. THOMPSON & E. ROSCH. 1991. *The Embodied Mind. Cognitive Science and Human Experience*. Cambridge, The MIT Press.